

Martín Prieto

Atilio Chiáppori, un escritor fracasado *



En *El ABC de la lectura* ¹ Ezra Pound sostiene que la literatura ha sido creada por seis clases de personas: 1) los inventores; 2) los maestros; 3) los que diluyen; 4) los buenos escritores sin cualidades salientes; 5) los literatos y 6) los iniciadores de manías. En el punto 4 se explaya Pound: "Hombres que han tenido la suerte de nacer cuando la literatura de un país ha dado marcha hacia adelante o cuando alguna rama de la literatura es 'saludable'. Por ejemplo, los hombres que escribían sonetos en la época de Dante, los que escribieron breves poemas líricos en tiempos de Shakespeare, o por varias décadas después, o los que escribieron novelas o cuentos en Francia después que Flaubert les enseñó a hacerlo". Esa fue la suerte de Chiáppori: haber nacido cuando la literatura de su país dio marcha hacia adelante (con el

Modernismo), haber escrito una vez que Darío (un inventor) o Lugones (un maestro) le enseñaron a hacerlo. Por cierto: ése fue también su límite.

Bordeland: en tierras de frontera

En 1907 Chiáppori publicó en *La Nación* sus primeros cuentos, que ese mismo año reuniría en un volumen titulado **Bordeland**. El término, de origen psiquiátrico, traducido como tierra de confín o tierra de frontera, marca la ambigua zona fronteriza de la mente humana en donde se confunden realidad y fantasía, salud y patología, juicio y locura, racionalidad e irracionalidad. En principio, el título remite a los personajes de **Bordeland**, "neuróticos e hipersensibles, angustiados por obsesiones que los fuerzan a obrar contra su propia voluntad" (Giusti), habitantes de esa tierra de frontera. Pero también a esa "confluencia del esteticismo formal, puesto en circulación por el modernismo al finalizar el siglo XIX y los resultados de la psicología experimental aplicada al campo patológico (donde) Atilio Chiáppori encontró el lenguaje y los temas de **Bordeland**." (Prieto). En esta perspectiva, **Bordeland** es también la puesta en escena de esa tierra de frontera que era la literatura argentina de principios de siglo: positivista y espiritualista, científicista y ocultista, realista y fantástica. En estos cruces, en estas confluencias, Chiáppori escribe los cuentos de **Bordeland**. En casi todos, el procedimiento es más o menos el mismo: en la glorieta de "Las Glicinas" el narrador cuenta a su interlocutora (Leticia Dardani) un hecho o sucedido raro o extraño: muertes dudosas, personajes mórbidos. "El relato se inicia en el centro mismo de la acción". (Bécher). Balzacianamente, los personajes se repiten en estos cuentos que su autor llamó "cliclos"; así, "El daño" está situado un

año después que "Un libro imposible" en la misma Villa Engaddi, en Luján, con varios personajes comunes: Irene Caro, Leopoldo Caro, Mario Caro, Pablo Beraud y Rosina; algunos de los Caro reaparecerán después en los cuentos de **La isla de las rosas rojas**; la historia de Flora Nist, presentada secundariamente en "El daño" se desarrollará en "El último vals" y, colmo de este artificio, la interlocutora de todo **Bordeland** será el sujeto patológico de la novela **La eterna angustia**. El acercamiento a Balzac, sin embargo, parece limitarse a este uso fructo de un procedimiento. En una conferencia dictada en 1929, Chiáppori se encarga de señalar las diferencias: "La Comedia Humana es un estupendo engendro de la sociedad burguesa, pero sin apuntar aún el verdadero sentido artístico de la obra escrita. Será necesario que transcurran algunos años (...) Con Charles Baudelaire, los dos Goncourt y, sobre todo, con Gustave Flaubert, aparecerá el artista de las letras, es decir, el literato". Balzac todavía es un "escritor", difusa categoría que incluye a filósofos, historiadores, moralistas y sociólogos. Chiáppori, está claro, adhiere a la caracterización del escritor post-romántico: literato, artista. Para reforzar el procedimiento balzaciano y para diferenciarse de él, Chiáppori inaugura una zona de divertimento en la que, por ejemplo, transcribe diálogos completos de "La mariposa" a **La eterna angustia**, o extensos párrafos descriptivos de "Un libro imposible" a "El daño".

"Un libro imposible"

El cuento más interesante de **Bordeland** es "Un libro imposible": aquí el autor presenta a Augusto Caro como a un "raro" quien, luego de extrañísimas

ATILIO CHIAPPORI, UN ESCRITOR FRACASADO

prácticas del espíritu, muere preso de sus percepciones preternaturales. El interés del relato, sin embargo, no radica en su tema ni en la virtuosa manera narrativa de Chiáppori, afecta a descripciones casi pictóricas, ni en la sutileza de su sensualidad ("el peinador desabrochado se combó en el seno dejando espacio como para una mano"), siendo el virtuosismo, la preocupación por el color y la sensualidad marcas comunes a la práctica literaria modernista. El interés y la originalidad de este relato se asientan, más bien, en la presentación de la particular situación del escritor argentino de principios de siglo y de las preocupaciones estéticas que lo aquejan, que Chiáppori ensaya aquí. Giusti señala con precisión que "para comprender a Bordeland hay que volver al ambiente literario en que fue concebido. Si careciéramos de cualquier otra información al respecto, como hilo guiador bastaríanos revisar la minúscula biblioteca que poseía Augusto Caro." En efecto, los libros del estante de la izquierda (Hoffmann, Poe, Baudelaire, D'Annunzio, Maeterlinck, Verlaine, Samain, etc) y "los metapsíquicos y ocultistas, inquietos interrogadores del más allá" del estante de la derecha (Crookes, Kardec, Jules Bois, Papus, etc.) vuelven a plantear la tierra de frontera entre el esteticismo formal y los resultados de la psicología experimental. Pero hay más: avanzando en el relato Augusto Caro desarrolla un particular panorama de la literatura de imaginación que es sin dudas el mismo que funciona en el horizonte de Chiáppori: "Cuando escribía el primero de aquellos (Hoffmann) aun era fácil encontrar frescas las raíces de las supersticiones, por eso el terror de sus cuentos fantásticos proviene de una acción preternatural. Desaparecía la fe, el maleficio murió con el demonio. Ya en la obra de Poe los fantasmas son menos objetivos. Es la perversidad primordial, el primun movile

el que impera. La alucinación reemplaza al fantasma. Pero siempre siguen siendo historias extraordinarias. Palacios encantados, países fantásticos, mujeres extraterrestres. Luego vino la efímera literatura de detectives: mas Sherlock Holmes fue tan hábil en sus inducciones que ya no hubo de qué tener miedo. Y el mundo, que no encontraba ya de qué horrorizarse, ni de qué asustarse, enfermóse de tedio. Viajó de un lado a otro, buscó el olvido en la inquietud, en los refinamientos, en los paraísos artificiales, en las perversiones... y para huir de la eterna angustia humana aristocratizada en spleen, vivió como nos cuenta Jean Lorrain, dilapidando sus energías, infectándolo todo, gustándolo todo. Mis personajes son los nietos de esos agotados". En Augusto Caro, Chiáppori pone en escena la conciencia literaria de su época, las tensiones estéticas en que se movía su generación. Instado por el narrador a volver a escribir, el mismo Caro se lamenta: "No puedo, no puedo... Y icoso deseo perante! siempre el obstáculo reside (...) en el adjetivo. No puedo calificar, no puedo sensibilizar la frase porque yo mismo agotara toda sensibilidad en mí! ¡El adjetivo! ¡Ah, no es tan solo la túnica transparente que viste y coloreaba el concepto substancial; es mucho más: es la fisonomía del verbo! ¡Es como esta túnica que a veces corporiza una vida!". Y el narrador acota: "Aquello ya era el delirio". Nada, sin embargo, menos delirante si pensamos que la obsesión por el adjetivo, el deseo de perfección formal y la imposibilidad de escribir son algunas de las notas descriptivas de la generación modernista argentina, de sus preocupaciones estéticas y en muchos de sus integrantes (Bécher, pero sobre todo de Soussens), de su silencio.

Un escritor fracasado

En 1908 Chiáppori publica su única novela: **La eterna angustia**. Esta pertenece todavía al ciclo de **Bordeland** y narra la historia de Leticia Dardani, su casamiento, la extraña muerte de su marido en la noche de bodas. Algunos de sus capítulos están escritos a la manera de cartas. La obra es poco convincente en su tratamiento y en su desarrollo pierde interés.

Luego de fundar y dirigir, a partir de 1912, la revista de arte **Pallas**, la primera de su tipo en el país, en la que colaboraron, entre otros, Ricardo Rojas, Emilio Bécher y Rubén Darío, Chiáppori publica en 1925 su último libro de cuentos: **La isla de las rosas rojas**. En el relato que da título al volumen y, sobre todo, en "El último vals", el autor retoma la línea del cuento extraño y en algunos casos vuelve a poner de manifiesto su singular manejo de la sugestión y del color.

Más tarde escribió otros cuentos, titulados **Relatos de La Floresta**, que por diversos motivos no fueron publicados completamente. Tres años antes de morir publicó sus **Recuerdos de la vida literaria y artística**, un anecdotario de poco interés narrativo que pone en evidencia la decadencia de su prosa. Giusti escribió que "no era Chiáppori un artista enteramente maduro cuando escribió **Bordeland**". Nunca, sin embargo, lo fue más.

Notas

* Atilio Chiáppori nació en Buenos Aires el 7 de junio de 1880. En 1897 ingresó a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, inclinándose por los estudios psiquiátricos. Cinco años más tarde, en 1902, abandonó la carrera de Medicina, disciplina con la que mantuvo una relación más bien deceptiva: prácticamente, re-

genteó durante algunos años una farmacia; teóricamente, aplicó los conocimientos psiquiátricos a sus ficciones literarias. Algunos años después inició una carrera burocrática bastante exitosa: en 1907 fue designado en el Departamento de Instrucción Pública del ministerio del ramo y en 1910 viajó por primera vez a Europa en una misión oficial: informaciones pedagógicas para el Ministerio de Instrucción Pública -en el que ya era jefe de Escuelas Normales- y cinco conferencias sobre carnes congeladas en Lisboa, Génova, París y Amberes, ordenadas por el Ministerio de Agricultura. Nuevamente en Buenos Aires, fue nombrado secretario del Museo Nacional de Bellas Artes, puesto en el que es ratificado en 1931 con la dirección. Ocho años más tarde se jubila, se radica algún tiempo en Ascochinga y en 1947 muere en Buenos Aires.

Bibliografía de Atilio Chiáppori

Bordeland, Buenos Aires, Arnaldo Moen y hermano, 1907.

La eterna angustia, Buenos Aires, Arnaldo Moen y hermano, 1908.

La isla de las rosas rojas, Buenos Aires, Cooperativa Editorial Buenos Aires, 1925.

Recuerdos de la vida literaria y artística, Buenos Aires, Emecé, 1944.

En 1954 la editorial Kraft (Buenos Aires) reedita **Bordeland** y **La eterna angustia** y en 1986 la Academia Argentina de Letras (Buenos Aires) publica una antología de su obra bajo el título de **Prosa narrativa**.

Bibliografía sobre Atilio Chiáppori

Anderson Imbert, Enrique, **La literatura hispanoamericana** (I), México, Fondo de Cultura Económica, 1954

Bécher, Emilio, "Bordeland" en **La Nación**, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1907 (reproducido en Chiáppori, Atilio, **Prosa narrativa**, Buenos Aires, A.A.L., 1986)

Borello, Rodolfo, "Modernismo y narrativa: Enrique Larreta" en **Capítulo nº** , Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

Giusti, Roberto F., "Atilio Chiáppori y su generación" en **Poetas de América**, Buenos

ATILIO CHIAPPORI, UN ESCRITOR FRACASADO

Aires, Losada, 1956.

Monges, Hebe, "Prólogo" a E. Larreta, E. Díaz Romero y otros, **La prosa modernista**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Prieto, Adolfo, "Atilio Chiappori" en **Diccionario básico de la literatura argentina**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

Viñas, David, "Chiáppori: burocracia, marginalidad y bohemia" en **Literatura argentina y realidad política**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

Yahni, Roberto, "Atlio Chiáppori" en Orgam de y Yahni, **Enciclopedia de la literatura argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

1. Pound, Ezra, **El ABC de la lectura**, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1977.